



Los buques negreros transportaron con los hombres, mujeres y niños africanos, sus dioses, creencias y tradiciones, que configuraron LA TERCERA RAÍZ DE AMÉRICA



LA NEGRITUD

PASADO Y PRESENTE EN ARGENTINA

Norma Pérez Martín

El continente americano a lo largo de su vasta extensión ha padecido la trata de negros traídos como esclavos desde los inicios de la conquista. Dicho mercado, a veces a través del contrabando, fue ejercido por españoles, portugueses, ingleses, franceses y holandeses. Se habla de más de doce millones de seres humanos procedentes de África, sin contar los miles que murieron en alta mar durante la travesía, ya fuera por inanición, deshidratación, epidemias o el brutal hacinamiento a que eran sometidos. En Argentina, como en Uruguay, desaparecieron los documentos más importantes del tráfico negrero. No obstante, se ha aceptado que los negros porteños procedían en su mayoría del Congo y de Angola: eran los llamados bantúes¹.

La región rioplatense ofrece discrepancias entre Argentina y Uruguay (ambos países ubicados en las orillas opuestas del Río de la Plata). En efecto, la República Oriental del Uruguay registra hasta la actualidad una numerosa población de afrodescendientes, no así Argentina. Cabe preguntarnos por qué, no obstante estar tan cerca geográficamente y con comunes lazos históricos, nuestro país presenta una minoría poblacional de ascendencia africana. Lo que ocurre es que en Uruguay existió dominación portuguesa en Colonia del Sacramento, lo que no sucedió en la orilla del este.

En realidad, no puede afirmarse lo que testimonia la *Historia Oficial* en el sentido de que los “negros” desaparecieron por las guerras de independencia, las luchas internas entre federales y unitarios, la Guerra de la Triple Alianza, las pestes. Ellos fueron las víctimas propiciatorias de la epidemia de fiebre amarilla de 1871. El ejército cerró los barrios de San Telmo y Montserrat para impedir que negros y mulatos pudieran escapar a la peste. Pero también ejércitos de morenos (como se los denominaba entonces, comprendiendo también a mulatos, pardos y zambos) fueron diezmados sin que se hayan registrado sus nombres. Además, las viudas, a diferencia de las mujeres de los soldados blancos, jamás recibieron

ninguna compensación, ni pensión por el servicio prestado a la patria por sus hombres. Durante la colonia se fundó la Cofradía de San Baltasar para instruir a los esclavos en el cristianismo, difundiendo a través de bandos cabilderos la prohibición de bailar en las ceremonias, aunque el baile junto al rezo no cesó.

El objetivo perseguido entre los años 1980/1930 al “invisibilizar” a la raza negra era imponer la idea de “un país blanco y europeo” o, como decía Domingo Faustino Sarmiento, presidente argentino que en 1845 proclamó el “bajísimo número de miembros de ese grupo en el país”: “civilización sí, barbarie no”. La civilización “occidental y cristiana” de entonces —un poco más laica, por el influjo victoriano— no admitía gauchos, ni caudillos, ni indios, ni negros. Sarmiento no dejó dudas al respecto, cuando durante su desempeño como senador manifestó: “La clase decente forma la democracia, ella gobierna y ella legisla... Somos gentes decentes. Patricios a cuya clase pertenecemos nosotros, pues, no ha de verse en nuestra Cámara, ni gauchos, ni negros, ni pobres...”

Tal concepción se ha ido diluyendo, si bien perduran algunos prejuicios raciales que no se eliminarán tan fácilmente. Resulta significativa la versión distorsionada en cuanto a la “presencia africana en nuestra identidad”, como lo ha analizado la investigadora argentina Dina V. Picotti². Es un mito el afirmar que “no hay negros en el país”, pues habitan los que descienden de los sobrevivientes y los que llegaron en la década de 1950. Marcos de Estrada publicó una obra titulada *Argentinos de origen Africano*³ en cuyas páginas presenta treinta y cuatro biografías de poetas, payadores, artesanos, ingenieros, militares y empleados injustamente silenciados. Muchos

¹ Bernardo Cerdón, “La raza negra en el Río de la Plata”, en *Todo es Historia*, Suplemento N° 7, Buenos Aires, 1967.

² Dina V. Picotti, *La presencia africana en nuestra identidad*, Buenos Aires, ed. Del Sol, 1998.

³ Marcos de Estrada, *Argentinos de origen Africano*, Buenos Aires, ed. Universitaria de Buenos Aires, 1979.

estudios van sumándose, en algunos casos extienden el análisis hacia otras latitudes de América; por ejemplo, Jorge Emilio Gallardo, que en 1986 publicó *Presencia africana en la cultura de América Latina*¹, incluye serios testimonios que van descorriendo el velo que durante demasiado tiempo cubrió el “ocultamiento de la oscuro”.

Recordemos que en nuestra tierra el primer presidente, Bernardino Rivadavia, era mulato, al igual que Domingo Faustino Sarmiento, y Argentina fue el primer país de América que decretó la libertad de vientres en 1813 y luego abolió la esclavitud. Sarmiento, quien fuera periodista, educador, legislador, escritor, diplomático y llegó hasta la presidencia (1868/1874), jamás mencionó su origen, como tampoco los libros de historia lo registran; y respecto de Rivadavia, los alumnos ignoran su ascendencia y se sorprenden cuando en el aula, alguna vez, se la señala.

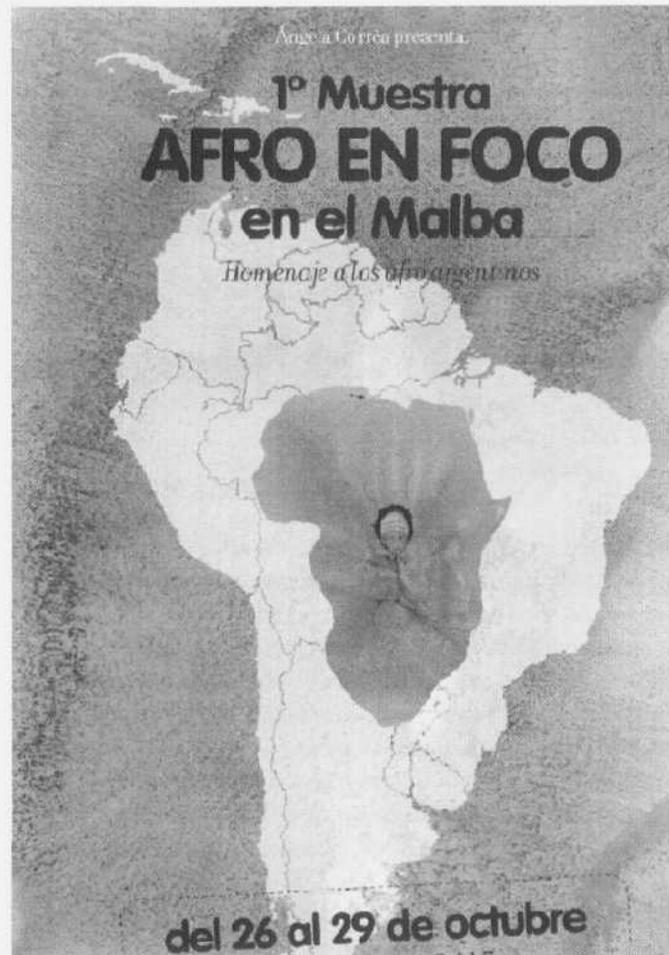
Media un abismo en los criterios de los políticos unitarios y federales sobre las minorías y la negritud. En la primera mitad del siglo XIX, durante la gobernación de don Juan Manuel de Rosas, caudillo federal llamado Restaurador de las Leyes, asistía asiduamente con su familia a los bailes de negros participando de los candombes en Buenos Aires, como lo evidencian pinturas de la época. Por aquellos años la población “morena” estaba radicada en gran parte en el noroeste del país, en Santiago del Estero, Córdoba, La Rioja, Salta y Catamarca (además de las otras provincias), porque los hombres realizaban tareas rurales y las mujeres atendían las casonas de la llamada “gente casto”.

Durante los días coloniales se produjo el mestizaje entre negros y blancos: una integración no reconocida pero viviente. En nuestros días instituciones universitarias argentinas (Universidad de Buenos Aires, Universidad Nacional de la Plata, Universidad Nacional de Córdoba y Universidad de Tres de Febrero) y organizaciones oficiales diversas que cuentan con el aporte de sociólogos, médicos, antropólogos y científicos especializados en genética, rastrean datos no sólo acerca de los genes de afrodescendientes sino de cómo viven, cuáles son sus actividades y la forma en que asumen sus orígenes.

En los barrios de Ensenada y Dock Sud (Provincia de Buenos Aires) y en Montserrat (Ciudad de Buenos Aires) los afroargentinos confiesan: “Hace falta que el Estado nos reconozca, pero que también nos reconozcamos a nosotros mismos”². En dichas localidades estudian y trabajan hombres y mujeres especialmente llegados de Cabo Verde a mediados del siglo XX, quienes arribaron como inmigrantes en busca de paz y trabajo. Nuestra Carta

¹ Jorge Emilio Gallardo, *Presencia africana en la cultura de América Latina*, Buenos Aires, ed. Fernando García Cambeiro, 1986.

² Diario *Clarín*, entrevista y comentario, 2 de abril de 2005.



Facsimil del programa del MALBA (Museo de Arte Latinoamericano de Buenos Aires) de la muestra de homenaje a los afro-argentinos. Octubre de 2006.

Magna desde 1853 prevé que: *En la Nación Argentina no hay esclavos, los pocos que hoy existen quedan libres...* La lengua, como otros elementos culturales, se impuso a pesar de todo. No en vano en nuestra habla popular, incluso en el lunfardo, perduran voces de origen africano, como matambre, mondongo, achuras, tango, tamango, malambo, candombe, quilombo, mandinga, milonga.

En la provincia mesopotámica de Corrientes se localiza un grupo que reviste características especiales por la composición étnica de esa comunidad. Hay un fuerte predominio de la cultura guaraní que sumada a lo africano conforma un mosaico sociocultural diferente al resto del país. En las afueras de la capital de esa provincia se afincó la población negra en el barrio llamado Cambá-Cuá—cueva de negros en lengua guaraní. El barrio de Santo Tomé celebra a San Baltasar o sea “el santo cambá” durante la epifanía cristiana del Rey Mago Negro o “Santo bailarín”. Este sincretismo se despliega con tambores en bailantas, candombes y danzas afroguaraníes, hecho que se extiende

a las ciudades de Goya, Concepción, San Carlos, Empedrado e Ituzaingó.

Grupos porteños, al igual que otros similares en las provincias de Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba, participan con murgas y candombes dinamizando sonidos y mensajes que sobreviven, al combinar formas tradicionales con ritmos modernos. En el marco del III Congreso de Culturas Afroamericanas realizado en Buenos Aires (agosto/septiembre 2006), el músico y docente argentino Carlos Rivero expresó: “Yo puedo afirmar después de muchas cosas, de muchas investigaciones, cosas que hemos leído, obviamente la cultura negra está muy presente en el folklore”.

En el año 2007, al cumplirse cincuenta años de la independencia de países africanos iniciada en Ghana (1957), se realizaron en Argentina importantes celebraciones y muestras. Según las entidades afroargentinas hay en nuestros días dos millones de afrodescendientes. La mayoría proviene de Cabo Verde y en los últimos años se sumaron cuatrocientos migrantes de Senegal, trescientos de Nigeria, cien de Camerún y otros de Guinea, Congo y Angola. El año 2006, durante el mes de julio, el Instituto Nacional Contra la Discriminación, la Xenofobia y el Racismo (I.N.A.D.I.), con la Secretaría de Cultura de la nación, llevaron a cabo *El mes de la cultura*

afroargentina, que procuró valorizar la cosmovisión de su mundo, el diálogo intercultural y el aprendizaje mutuo.

Hoy entre las figuras destacadas de afrodescendientes podemos mencionar al pianista y compositor Horacio Salgán, al cordobés cuarterero conocido como la *Mona Jiménez* y a Diego Maradona. Obras literarias de diversos géneros se han inspirado a lo largo del tiempo en la problemática de la negritud. Recientemente, en la Provincia de Salta, la novelista tucumana Ana Gloria Moya publicó la novela *Cielo de Tambores*, que obtuvo el premio Sor Juana Inés de la Cruz en México⁶. En el texto, María Kumbá, hija de una esclava del barrio Del Tambor, acompañará al General Belgrano en su campaña libertadora. La autora confiesa: “Mi abuela me legó no sólo su simple sabiduría, sino también gotas de sangre negra”. Y más adelante, agrega: “María Kumbá se desliza entre estas páginas proponiendo una sensible aproximación al mundo de los excluidos”. ☒

Norma Pérez Martín. Argentina, licenciada en letras de la Universidad de Buenos Aires, donde ejerció la docencia durante tres décadas. Investigadora, ensayista, poeta y narradora, tiene veinte libros publicados. Colabora en publicaciones argentinas y extranjeras e integra el Centro de Estudios de Narratología de Buenos Aires. Es directora de la revista *Francachela*.



La Plata 5 y 6 de Octubre 2006 – Provincia de Buenos Aires, Argentina Las jornadas fueron organizadas por la Facultad de Ciencias Naturales y Museo (UNLP) y el Departamento África del Instituto de Relaciones Internacionales (UNLP) y están patrocinadas por el CONICET.

⁶ Ana Gloria Moya, *Cielo de tambores*, Salta, ed. Pro Cultura, 2002.